



Canonización de Fray Galvao

Motivo de ufanía católica para el pueblo brasileiro y toda nuestra Iberoamérica, un nuevo intercesor Franciscano en el Cielo

Fray Antonio de Santa Ana Galvao nació el 10 de mayo de 1.739 en Guarantiguetá, Estado de Sao Paulo (Brasil). Descendía de una distinguida y noble familia cuyo padre era Capitán Mayor de la Corona Portuguesa. Tuvo diez hermanos y su madre pertenecía a una de las familias fundadoras del lugar. Inició estudios académicos en Bahía con los PP. Jesuitas junto a los cuales sintió su llamado vocacional para la Compañía de Jesús. Sin embargo su padre lo persuadió de hacerse Franciscano en parte por causa de la brutal persecución que sufrían en ese entonces los hijos de san Ignacio de Loyola de parte del siniestro Marqués de Pombal, Primer Ministro del Reino cuando Portugal y Brasil eran una sola nación.

A lo 21 años de edad ingresó en el Convento de San Buenaventura de la Villa de Macacu en la Capitanía de Rio de Janeiro. Fue ordenado sacerdote en 1.764. Cuando profesó de religioso había cambiado su apellido Franca por Santa Anta Ana, costumbre de la Orden Franciscana y santa de la devoción de su familia. Siendo asignado para misionar en Sao Paulo, fundó allí el hoy conocido Monasterio de



Fray Galvao

*la Inmaculada Concepción de la Luz de la hermanas Concepcionistas. Desde este bendecido lugar Fray Galvao fue modelo de entrega y paciencia amorosa a su feligresía. En vida hacía milagros con sus famosas "Píldoras de Fray Galvao" que no eran sino unos papelitos comprimidos y bien enrollados con una jaculatoria a Nuestra Señora escrita en ellos y que curaban todo tipo de enfermedades de la época. Entregó su alma a Dios el 23 de diciembre de 1.822 a los 82 años de edad. El **Monasterio de Nuestra Señora de la Luz** es todavía hoy día en la populosa ciudad de Sao Paulo no solo una bella muestra de arquitectura colonial portuguesa sino un lugar de peregrinación y oración permanente pues aún hay religiosas allá.*



Transcribimos a continuación un bello artículo del Prof. PLINIO CORREA DE OLIVEIRA publicado en la *Folha de Sao Paulo* el 29 de diciembre de 1.974, en el que destaca la condición de *Esclavo de Amor a María* del nuevo santo Brasileño recientemente canonizado por Su Santidad Benedicto XVI durante las jornadas de la V Conferencia Episcopal Latinoamericana reunida en la ciudad de Aparecida, Brasil.

Consagración, libertad suprema

Plinio Correa de Oliveira

Me escribe un lector :

“Entre otros títulos de gloria usted le atribuyó a Fray Galvao, en su último artículo, el ser Esclavo de María. El asunto me choca. Esto no da gloria ni a Fray Galvao ni a María. La esclavitud es la sujeción de un ser a otro por la fuerza. Es el resultado de que el más fuerte le haya arrebatado al más débil (por la superioridad física o por la presión económica, poco importa) el atributo esencial de la dignidad personal, esto es, el derecho que tiene cada quien a disponer de sí mismo según su exclusivo entendimien-

to e interés particular. La palabra “esclavitud” recuerda el látigo, los azotes, las cadenas, la desnutrición e incluso las persecuciones policivas. ¿Cómo puede tener esclavos María, a quine los católicos le rinden culto como reina de bondad? ¿Y cómo puede alguien tener por honra ser esclavo aunque sea de la propia María? Convengamos, todo eso es absurdo”.

Tal estilo de relación entre María y un devoto suyo, sería efectivamente un gran absurdo. Sin embargo siempre que una persona sensata hace algo que parece absurdo, se debe intentar una interpretación lógica que ayude a ver si hay algún aspecto verdaderamente explicable y sensato en ese procedimiento. Si el gran Fray Galvao, que fuera obviamente tan sensato y virtuoso, juzgó honrar su condición de franciscano y sacerdote, haciéndose esclavo de María, al lector que me escribe le cabe el deber de suponer que debe haber para todo esto alguna explicación razonable e incluso elevada. Y tal explicación, se puede encontrar fácilmente en su mejor fuente que es el *“Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge”* de San Luis María Grignon de Montfort, libro aproba-



do por la Iglesia Católica y tenido generalmente como una de las obras más eminentes de la Mariología.

Intentaré explicarle aquí al lector lo que es esa esclavitud marial que San Luis llama *“Esclavage d’amour”* y -nótese bien- no de fuerza bruta o coerción.

* * *

No hace todavía muchos años, uno de los más bellos elogios que se podía hacer de alguien -Jefe de Estado, padre de familia, sacerdote, Magistrado o militar- era calificarlo de “esclavo del deber”. Significaba eso que él era capaz de enfrentar cualquier riesgo o perjuicio con tal de no dejar de cumplir con los deberes inherentes a su cargo. O incluso de hacer todo cuanto fuese simplemente aconsejable en el sentido del más esmerado cumplimiento de su misión. Análogo significado tenía la afirmación de que un jefe de Estado o de familia, un magistrado o un militar hacía de su misión “un verdadero sacerdocio”.

La palabra “esclavo” tenía pues para tales casos un sentido absolutamente distinto del mencionado por el lector. Calificaba a alguien que, libremente persuadido de la

nobleza y elevación de sus deberes y su misión, resolvía, también libremente, inmolar para el bien de esta, si fuese el caso, incluso sus más legítimos derechos y sus más apreciados intereses.

En este tipo de “esclavitud” llena de amor al cumplimiento del deber, al ideal, a la misión, el hombre no es ni de lejos un esclavo a la manera de los prisioneros de guerra romanos o de los negros embarcados a la fuerza para Brasil. Muy por el contrario, él ejerce racionalmente y en el más alto grado su libertad y hace un uso absolutamente lúcido y ennoblecedor de sí mismo y de todo cuanto es suyo.

Ese es el sentido que San Luis Grignon de Montfort le da a la consagración de alguien como “esclavo” de María.

Es esclavo de amor de María Santísima quien, persuadido y sin coacción ninguna, de las prerrogativas excelsas que a Ella le corresponden por ser la Madre de Dios, y de las perfecciones morales de que Ella es modelo, le consagra libremente y por amor “su cuerpo y su alma, sus bienes interiores y exteriores, y aún el valor de todas sus buenas



obras pasadas, presentes y futuras, dejando a Ella pleno y entero derecho de disponer de uno y de todo lo que le pertenezca, sin excepción, según el gusto de Ella y para mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad”. Estas palabras son del santo. Y a cambio de esa lúcida y libre consagración como esclavo de amor, María, Madre de misericordia, no va a tratar a su esclavo ni de lejos con el egoísmo bajo y violento del romano o del negrero, sino con amor materno, lleno de afecto y consideración de la más generosa, afable e indulgente de todas las madres.

Y paso aquí en seguida a otro análisis aclaratorio. Ese acto de “esclave d’amour” de Nuestra Señora –considerado en cuanto abnegada inmolación de los derechos e intereses de alguien en beneficio de un ideal sacrosanto como es el servicio a la Virgen-Madre, tiene mucho de común con el acto por el cual un fraile o una monja se integran a una orden religiosa renunciando en un gesto supremamente lúcido y libre a disponer de sí mismo y de su patrimonio por los votos de obediencia, castidad y pobreza.

Solamente quien se consagra como esclavo de María, es incluso más libre bajo cierto aspecto, porque no hace votos como el fraile o la monja y conserva así la facultad de desligarse en cualquier momento de esa sublime consagración.

En todos los países de la tierra la facultad de obrar así se considera libertad. Excepto, es bien claro, en los países comunistas.



Plinio Correa de Oliveira